

LA HOJA DEL PUEBLO

Órgano del Partido Democrático Costarricense.

PERIODICO POLITICO Y DE VARIEDADES.

REDACTOR Y ADMINISTRADOR, JUAN CORONEL.

ADMINISTRACION GENERAL.
Calle 23, Número 47 Norte.

SAN JOSÉ, MARTES 16 DE MAYO DE 1893.

"LA HOJA DEL PUEBLO."
Se publica los días Martes, Jueves y Sábado.

Condiciones de publicación.

La suscripción importa en esta República al mes y adelantado... \$ 1.00 cts.
El número suelto vale... 0.10 "
Los avisos, por cada centímetro cuadrado, una sola vez... 0.01 "
Si se proporcionare cliché se cobrará por centímetro cuadrado... 0.01½ "
Los que anunciaren por anualidades gozarán de la rebaja de un 10 %.
Los avisos en lectura sencilla que no pasen de 20 palabras se cobrarán á razón de... 0.25 "
Los comunicados de interés general se publicarán gratis. Los de interés particular á precios convencionales, siempre que los unos y los otros estén escritos en términos cultos y convenientes.
El Editor no es responsable por los comunicados que se reciben en esta capital en la Administración General, y en las otras provincias los Agentes recibirán las suscripciones.

CALENDARIO.

MAYO.

ESTE MES TIENE 31 DIAS.

Martes 16. — San Juan Nepomuceno, mártir, (Patrón de Alajuela). San Obaldo.
Miércoles 17. — San Pascual Bailón, mártir.

"LA HOJA DEL PUEBLO."

CANDIDATURA OFICIAL.

Pensábamos que el redactor de *El Heraldo*, después de sus diecisiete días de meditación y calma bajo el techo hospitalario donde lo albergó el señor Gobernador de la provincia, se habría corregido un tanto en sus salidas de niño revoltoso, y en adelante no emplearía el tono chocarrero—por decir lo menos—cuando fuera á tratar las cuestiones de alto interés público.

Nuestra esperanza á ese respecto ha vivido lo que las verduras en las eras; pero como sería imposible traer á "*El Heraldo*" á una discusión en regla, callamos los reproches que merece la equívoca conducta de ese periódico, á fin de no perder la voz dando gritos que nunca

llegarían á sus oídos de mercado.

Del artículo *Armas al hombre* (decimos artículo por darle algún nombre) se desprende la consecuencia de que es seguro efectúen por sorpresa la transmisión del Poder allá en las regiones empíreas. Ya ve "*El Heraldo*" á persona no de su agrado ocupando la presidencia. Se dirige al país en un lenguaje que si mueve á alguna cosa es á permanecer tranquilo, y queda luego tan satisfecho como Aníbal retirándose á Capuá después de la victoria.

El modo de pensar de cada quien no nos importa. Si conceptuamos deber nuestro imprescindible; trabajar por que el espíritu público no acabe de morir. El resplandor de la ira nos quema el corazón cuando vemos que so capa de antagonismos personales, se acerca á los labios del pueblo el veneno del desengaño, ocultándolo tras una protesta de consistencia tan feble, que con menos de los treinta denarios de Iscariote quedaría destruída por completo. Por eso, dejando á "*El Heraldo*" en un lado, vamos á externar una vez más nuestra opinión sobre esa candidatura oficial de la que tantos hablan, pero que nadie ha visto.

Los que hoy estamos al frente de la prensa no debemos ni aun admitir el pensamiento de una usurpación. Prevenir á los ciudadanos para que no se dejen sorprender por los aspirantes que surjan mañana prometiéndole cielo y tierra, es política sensata y buena; destruir la poca fe de la nación, haciéndola entender que sin sus votos y contra sus votos alcanzarán el mando Juan

ó Pedro, es tarea infame, porque destruye la esperanza en todos los pechos, y sin esperanza pocos tienen energía para el combate.

Nosotros, porque tenemos fe y esperanza, escribimos este periódico. Si el organismo social estuviera tan podrido que ya por las arterias de la energía y de la dignidad no corriera sino la sangre en descomposición del desengaño, todavía las imposiciones del deber serían más terminantes y severas. Entonces esos sentimientos perdidos, dignidad y energía, estaban en la obligación de crearlos, los que en el extremo de la pluma colocan el rayo de la idea para rasgar tinieblas y llevar luz á todas partes; los que en la blanca cuartilla depositan las santas primicias de la inteligencia y hacen de ellas generoso reparto á los espíritus necesitados de savia.

Ese caso aún no ha llegado para Costa Rica. El pueblo de este país no busca en la política lo que en el trabajo encuentra todos los días. Pero ama su libertad, su independencia, su derecho, y si oye que es tan fácil ir contra la voluntad de él, no se lanzará á la lucha armada, porque su temperamento es esencialmente pacífico, mas volverá á la indiferencia de los años pasados, aceptará los simulacros de Constitución, el cambio del poder entre los miembros de una misma camarilla, la concesión de escandalosos privilegios para enriquecer á unos pocos en perjuicio de los más, y como resultado definitivo tendríamos el establecimiento de la oligarquía en lo político, el

planteamiento del nepotismo en lo fiscal.

Entonces, no siendo soportable un régimen semejante, sería necesario librar descomunales batallas en la prensa, fundar la tribuna pública para derretir con su calor las nieves de la indiferencia popular; y si por acaso el círculo gobernante no permitía el ejercicio de esos derechos, forzosamente surgirían las asociaciones secretas, los medios ocultos de preparar el terreno para una restauración imprescindible.

Por qué provocar esos extremos, hablando de candidaturas oficiales que no se manifiestan en ningún sentido? La moral del Gobierno es un hecho. Sus agentes, hasta ahora, no demuestran haber recibido la consigna de preparar la cosas para las coacciones que mañana vendrían, tratándose de una imposición. Muy al contrario, por varios pueblos está haciéndose propaganda en favor de algunos futuros pretendientes y como hasta ahora los propagandistas no han invadido la esfera del derecho ajeno, trabajan sin oposición ni cortapisas.

Conveniente sería estimular por medios adecuados el entusiasmo del pueblo. Decirle que ya á ser nuevamente árbitro soberano de su suerte, y que de su indiferencia ó torpeza dependerá el mal éxito de la campaña electoral próxima. Pero no asustemos á los espíritus tímidos con el fantasma de una candidatura oficial, de pura imaginación. Es ese un factor que no debe entrar en los cálculos de las gentes positivistas, por la simple razón de que no existe.

IMITANDO A FIGARO.

Señor Bachiller don Andrés Niporesas.

Las Batuecas.

Grande y buen amigo:

¿Creerá usted que hace más de treinta días, por entrañable amor á mis costillas, vacilo en contestar su carta y casi resuelvo guardar absoluto silencio sobre ella?

Sin embargo, ha podido más que el miedo, mi aprecio por la persona del señor Bachiller; al fin resuelvo pasar el Rubicón, no sin haber antes encomendado mi ánima á todos los santos y santas de la corte celestial y obtenido como especial favor una reliquia ó amuleto para que el hierro, el palo ó el plomo, en dosis exageradas, no penetren en mi organismo, buscando que le sirvan de conductores los músculos ó los huesos.

Espinoso es el asunto. Pideme usted noticia de quiénes aspiran por este mundo costarricense á los honores del mando supremo y quiere también una semblanza de cada cual de los pretendientes, imaginando son éstos varones integérrimos y notables, cuya honorabilidad, virtudes y talentos les dan derecho para desear la primera Magistratura de la nación, y de antemano se relame usted los labios de puro gusto, creyendo que por el asunto, las semblanzas que yo le remita tendrán mucho de aquel sabor exquisito de las vidas de Plutarco.

Ay! y cuánto se engaña el señor Bachiller! Verdad es que sobran por acá muchos desinteresados varones atacados de la monomanía del mando. Para contentar á éstos, si no puede conseguirse la presidencia de la República, bastará nombrarlos gobernadores de cualquiera insula Barataria; pero hay otros, Bachiller amigo, á quienes nadie se atreverá á rebajarles una línea de sus pretensiones. Imaginariamente ya están en el solio. ¿Cómo faltar á la caridad, haciéndoles ver que sueñan, si con ello destruimos la apariencia de razón que conservan los infelices?

Aun cuando me esfuerce, no puedo enviarle los retratos que me pide. ¿Cómo decirle á aquel apreciable cenobita: es locura que pienses llegar al Capitolio; continúa luchando como soldado de la fe y sobresaliendo en la oratoria mística; estás encantador, cuando sudoroso y jadeante llevas la insignia de tu bando como abanderado fiel, y después de esta vida alcanzarás el premio que mereces; pero tu grande alma es para el cielo; no pienses que en esta tierra miserable te harán justicia; burlas y mortificaciones vendrán en pago de tu buen descao?

¿Ni con qué valor desengañar á aquel fornido atleta, cuya tizona

causa espanto á los que tenemos mucha sensibilidad nerviosa? ¿Cómo decirle: emplea en la siembra de café esos miles que van á consumir unos cuantos industriales, proclamando hoy tu nombre, á reserva de admitir luego menos de treinta monedas por su fidelidad y dejarte comprometido y solo?

¿De qué manera, sin herirlo, le digo á aquel gallardo joven, honra y verdadera esperanza de su patria: tu desdén por las observaciones de la prensa, cuando pagaste con desprecio al país los grandes honores con que te había distinguido, demuestra la inmensa cantidad de escepticismo atesorada en tu alma; sal de esta atmósfera, si es que te sientes ahogado; estudia las instituciones y costumbres de pueblos más cultos, y después que hayas retemplado tus ideas al calor de una civilización verdadera y de una libertad práctica, vuelve á Costa Rica, más engrandecido por las luces y experiencia que traigas, pero siempre amante de tu tierra, á la que debes todo sacrificio, y apreciando siempre á tus compatriotas, que no merecen el título de *tarasconenses* porque te hayan encumbrado?

Ah, señor Bachiller, no me siento con fuerzas para tanto! ¿Recuerda usted que el Caballero de los Espejos fué vencido y maltrecho por don Quijote de la Mancha, y aquél y Tomé Cecial su Escudero, cabibajos y mohinos volvieron grupas, dejando á la locura vencedora y montada en Rocinante? Pues no quiero correr la suerte del Bachiller Sansón Carrasco en su primer encuentro con el héroe famoso: aquí se ha leído mucho los libros de Caballería y hay miles de Quijotes armados en los castillos de su imaginación.

Adiós, señor Niporesas. Tengo miedo á las lanzas y no prosigo.

EL REDACTOR.

MISCELANEA.

EMPRESA ANTONIETTI Y C^ª.—Por cartas recibidas de España sabemos el feliz éxito que ha obtenido la empresa Antonietti y C^ª en contratar los artistas que actuarán en nuestro teatro para la próxima temporada de Junio.

Entre los artistas cuéntase el simpático bajo Valentín González; las señoritas Segura y Pérez, como primeras tiples; el *gran Palmada*, el ídolo de Barcelona, uno de los buenos tenores cómicos de la península ibérica, y como maestro, el Gran Maestro Marquez, renombrado autor de *El Anillo de Hierro* y de varias otras zarzuelas.

El cuerpo de coro de señoras se compone de doce coristas escogidas; el de baile, formado por ocho bailarinas, es de lo mejor que habrá llegado aquí.

TEATRO.—En las noches del sábado y domingo oímos *Traviata* y *Favorita*. De la primera suprimieron un acto para no prolongar mucho la velada. Gustó en lo general. La tiple sabe caracterizar á la ardiente y apasionada *Violeta*. Hasta el menor detalle en los movimientos y en la acción de la señorita Campagnoli, demuestra por parte de ella gran conocimiento de la escena. El tenor y el barítono son dueños ya de las simpatías del público; ambos cantan muy bien.

De la representación de *Favorita* queríamos decir algo muy halagador para la señorita Barbareschi. Mas, según informes, esta apreciable artista se halla muy mal de salud y sería imperdonable falta de buen sentido tratarla con el rigor de la crítica por el mediano desempeño de su papel. Aun cuando no es lo mismo cantar una romanza en un concierto que una ópera entera, nosotros hemos pensado que Nice Barbareschi tiene condiciones de buena cantante, y ojalá, por ella y por el público, lo demuestre en cuanto su estado de salud se lo permita.

Quiroli, el tenor de bella y dulce voz, merece capítulo aparte. Aun prescindiendo de las escenas en que él y el barítono salvaron la obra; si todo en ésta hubiera sido de la calidad de los trozos de canto con que el bajo nos *obsequiaba*, bastaría para tener buen recuerdo de la representación de *Favorita*, aquella romanza sublime, el *spirto gentil*, cantada por Quiroli poniendo en acción las fibras más delicadas de su sentimiento artístico. Así se llega al corazón del público, hiriendo en lo vivo, y para ello se necesita verdadero talento y gusto, cosas ambas que en Quiroli se reúnen.

El baile ha sido del agrado de todos. Esbelta, hábil y graciosa, la señorita Rizzi obtuvo miles de aplausos y bravos. Está bien acompañada por las demás bailarinas y por el destrísimo bailarín.

Nota final. Cuide mucho la empresa de evitarnos el espectáculo chocante que ofrecen algunos coristas y muchachos, quienes á veces no están bien ocultos tras los bastidores y destruyen con su presencia mucho del efecto escénico.

LITERATURA.

DOS MEDALLONES.

I.

PSYCHOPATHIA SPIRITUALIS.

Es todavía muy joven. Cuenta veintidós años apenas, y éstos, mal vividos. Puede decirse que los ha disipado lamentablemente. En todo ese tiempo no ha logrado sentir una vez sola el placer de la existencia total. Ha diez años que estudia sin intermitencia. Por eso está pálido, tiene músculos escasos, y el cuerpo ligeramente inclinado hacia adelante. La salud está perdida. El estómago no funciona casi. Los nervios centuplican las impresiones de fuera y reaccionan de modo irregular y enfermizo. Los instintos están reducidos á un *mínimum* del cual no se podrá pasar. En él están agotadas

casi todas las cuerdas del sentimiento. Las nociones que adquiere son frías, con frialdad matemática: el amor á la vida y á la naturaleza no los ha sentido nunca. Al rededor de los ojos pequeños y grises, ya muy honlos, hay un cerco morado en que se refleja la preocupación mental. En este momento está tendido boca arriba en el sofá gris de su pieza de estudio, desordenada y fría. En esa mesita que está al frente hay un número del *Mind*, revista psicológica de Chicago. En las manos tiene un libro de Wundt, y ese tomo que está ahí abajo, sobre la alfombra de fiques, abierto y descuadernado, es una pífida traducción española de los *Pensamientos de Pascal*. Las demás obras y revistas que hay en el suelo, sobre las mesas, en los estantes, dan testimonio del mismo trabajo intelectual. Este joven gastaba la vida en mirarse, pensar ó en coleccionar en otros cerebros el mecanismo del pensamiento. El mundo exterior para él no existe sino bajo las especies de pura abstracción. Se figura que la vida no tiene otro objeto que leer, escribir á ratos y meditar siempre. No ha tenido que rozarse con los hombres: su padre le pagó una educación que llamaron esmerada en su tiempo, y ahora vive de lo que le produce una herencia mediana. La necesidad saludable de ganarse el sustento no la ha sentido nunca. Al mundo de las cosas materiales no bajaría, si no lo llamaran de una manera cruel la gastralgia, después de las comidas y el dolor de cabeza cuando ha leído muchas horas seguidas. Le repugna el vino, y sus entrañas ya no toleran el alcaloide del tabaco. Ignora los placeres que produce un buen plato caliente, perfumado, fácil de digerir. Está visto que no llegará á viejo: morirá sin haber descubierto por qué maravilloso procedimiento el sonido ó los sonidos articulados que produce la laringe humana, corresponden necesariamente á una imagen que se representa en el cerebro. Lo matará una meningitis, tal vez una congestión cerebral intensa, ó se agotará como una lumbre por falta de combustible. La mujer ha pasado inadvertida por la existencia de este sabio anacoreta. En el reino de las ideas generales se sintió un día preocupado con la diferencia intelectual de los sexos. Creyó haberlo resuelto todo cuando llegó á pensar que la diferencia es enorme, pero más bien cuantitativa que cualitativa. Es un asceta indisculpable. Los de la Tebaida esperaban en Dios y en la otra vida: éste no tiene fe en nadie, ni espera en mejorar su condición ahora ni en tiempos remotos. Todo se le ha subido á la cabeza: el estómago, los humores y el sexo.

II.

PSYCHOPATHIA SEXUALIS.

En su rostro se ven las señales inequívocas de una belleza marchita. Tiene veintinueve años, según la fe de bautismo. Su cara revela más de treinta y cinco: está reseca, y con arrugas importunas. El odio que le tiene á la especie humana y señaladamente al género femenino, son pruebas irrevocables de debilidad senil. Su padre es un hombre sano, un campesino robusto.

to y tan ignorante que parece mentira. Ella fué la hija única de este señor y de una histérica muy bella y muy devota, cada cosa á su tiempo. La hija nació regordeta y linda como un angelito de Murillo. A los diez y seis años poseía una salud fundamental. Fué bella con estrépito. Ejerció sobre todos los jóvenes de sus mejores días la atracción irremediable del sexo bien determinado. Tenía unos ojos claros, transparentes, con tal cual punto ambarino, velados por pestañas sedosas y que lo miraban á uno como si lo acariciarán materialmente: labios gruesos, rizados, que se perdían en un hoyuelo desesperante por cada lado de la boca. Sentía continuamente ganas de reír, é ignoraba casi todas las cosas que no le había enseñado su profesor domiciliario, persona vieja, inepto por lo demás y poco escrupuloso en el vestirse. Lo que no supo de boca del pedagogo lo tuvo de su amiga, una joven mayor que ella, que había estado seis años interna en un colegio y que leía muchas novelas. De cuando comenzó su amistad con esta joven, datan los primeros desarreglos de su salud. El médico dijo entonces que no era más que anemia, complicada con ligeras desviaciones de la sensibilidad. Le prohibieron las lecturas, los manjares condimentados, y se la llevaron al campo. Entonces pareció restablecerse. Al volver tuvo un novio muy sencillo, ignorante de sobra, tímido, sin pizca de mundo. Lo aturdió con el estallido de su primera pasión, y el pobrecito puso entre él y ella toda la tierra que pudo. Vino en seguida uno corrido, como quien viene á instaurar un experimento. Removió en esta joven materialmente todas las fibras de la sensibilidad. La hizo pensar en cosas que ella no había sospechado, y lo adoró con todos sus sentidos y con los otros que él la había descubierto. Cuando juzgó colmado el experimento, tomó el portante y lo dejó todo ardiendo. Vino otro novio, y después otros muchos simultáneamente. Aquella mujer se asfixiaba con la falta de admiradores: requería imperiosamente la intimidad con el otro sexo. Los pretendientes iban pasando como las imágenes sucesivas en un cerebro alucinado: ninguno logró fijarse. Experimentaban cerca de ella la atracción y el pavor del abismo, aunque no se explicaban de esta manera el malestar que á la larga iban sintiendo todos. Volvió á determinarse otra vez aquel estado patológico causado por la experta señorita del colegio. Los progresos del mal fueron simultáneos con el odio creciente á la especie humana. Mientras menos bella les iba pareciendo á los hombres por los estragos que en ella hacía la enfermedad, más despreciables le parecían todos esos necios que seguían un mismo plan de campaña y se detenían casi siempre en el mismo punto. Hoy por hoy, satisface los anhelos feroces de sus nervios asténicos leyendo que se mata. Por debajo de sus ojos pasan libros de caballería sin dejarle más impresión que la pernicioso del momento. Todo este fondo de sensaciones se acumula oscuramente con detrimento del organismo, porque falta la reacción que lo equilibra todo como

Dios manda. Piensa que es una miseria estar aislada, ser un individuo, un ser elemental, y envidia á la mayoría de las plantas cuyas flores son sugetos dobles. Las vísceras, los sentidos, las potencias del alma, todo se ha concentrado en el sexo.

B. SANIN CANO.

VARIEDADES.

LA ÚLTIMA LECCION.

Una mañana me retrasé mucho en ir á la escuela. Como tenía gran miedo de que me riñeran, porque el señor Hamel nos había dicho la víspera, al salir de la clase, que nos preguntaría las reglas de los participios, y yo no sabía ni una palabra de ello, me asaltó la idea de hacer novillos y de irme á pasar el día corriendo por el campo, no obstante dejarse sentir demasiado el calor.

Ciertamente que el escuchar el silbido de las miras entre las ramas á las orillas del bosque, el corretear por la arboleda y atormentar á los bichos que cogía me satisfacía mucho más que las reglas gramaticales; mas á pesar de esto resistí á la tentación, y cambiando de parecer, eché á correr hacia el colegio.

Al pasar por la alcaldía ví á mucha gente parada delante del enrejado de los carteles: allí era en donde, desde dos años atrás, se sabían todas las malas noticias, las acciones perdidas, las requisiciones, las órdenes de la jefatura, y pasé sin detenerme.

¿Qué podía suceder todavía?

Como atravesaba corriendo la plaza, el herrero Wachter, que estaba allí con su aprendiz, leyendo el cartel, me gritó:

—¡No corras tanto chiquito, que llegarás bastante pronto á la escuela!

Cref que se reía de mí y entré casi sin aliento en el patio del señor Hamel.

Por lo regular, al empezarse la clase, se oía desde la calle el ruido que hacíamos, abriendo ó cerrando los pupitres, repitiendo todos en alta voz y tapándose los oídos, las lecciones de memoria, y la larga regla del maestro, que pegando en las mesas quería decir:

—¡Silencio!

Yo contaba con todo ese ruido para llegar á mi puesto sin ser visto; pero aquel día reinaba en la clase una completa calma. Por la ventana abierta veía á mis compañeros cada cual en su sitio, y al señor Hamel que discurría de un lado para otro con su terrible regla debajo del brazo.

No había escapatoria: ó retirarme ó entrar llamando la atención. La sangre me afluía á la cara y casi temblaba de miedo.

Empujé la puerta y penetré en la clase.

El señor Hamel no me riñó, antes bien, mirándome con mucha dulzura, me dijo:

—Anda pronto á tu sitio, mi pequeño Franz; íbamos á empezar sin tí.

Salté por encima del banco y me senté en seguida delante de mi pupitre.

Algo más tranquilo ya, noté que el maestro tenía puesta su hermosa levita verde botella, su chorrera encañonada y su gorro de suda negra borlada, que no se ponía más que cuando venía algún inspector ó el día de la repartición de premios. También me pareció que todo en la clase tenía cierto aire solemne; pero lo que más me sorprendió, fué ver en el fondo de la sala algunos vecinos del pueblo, sentados en los bancos que había vacíos, y silenciosos como nosotros, al anciano Hanser, al ex-Alcalde, al ex-cartero y á otros muchos. Todos parecían muy tristes, y el señor Hanser había traído consigo una vieja cartilla, que tenía abierta encima de sus rodillas, con los lentes colocados sobre sus páginas.

Mientras yo miraba todo esto con curiosidad, el señor Hamel subió á la cátedra y con la misma voz dulce que tenía al hablarme, nos dijo:

—Hijos míos, es la última vez que me encuentro en medio de vosotros; ha llegado una orden de Berlín para que no se enseñe más que el alemán en todas las escuelas de la Alsacia y de la Lorena. El nuevo maestro llegará mañana, y como vais á dar hoy vuestra última lección de francés, os ruego que estéis muy atentos.

Estas palabras me trastornaron.

Eso era lo que decía sin duda el cartel puesto en la alcaldía.

¡Mi última lección de Francés!

¡Y yo que apenas sabía escribir! No podía ya aprender. ¡Oh! ¡Cómo me arrepentía de haber perdido el tiempo haciendo novillos, para correr á buscar nidos ó patinar en invierno encima del Saar! Mis libros, que hacía poco encontraba tan fastidiosos y tan pesados, mi gramática, mi historia sagrada, me parecían ahora antiguos amigos á quienes sentiría mucho dejar. Lo mismo me sucedía con el señor Hamel; pues la idea de que iba á partir y que no le volvería á ver más, me hacía olvidar los castigos que me había impuesto muchas veces.

¡Pobre hombre!

Para honrar su última clase, sin duda, se había puesto su mejor traje, y comprendía yo ahora el por qué los más antiguos vecinos del pueblo habían venido á asistir á la lección.

Querían así, demostrar su sentimiento, y también podía tomarse como una manera de agradecer á nuestro maestro cuarenta años de buenos servicios y de despedir á la patria que se marchaba con él....

Reflexionando de este modo oí que me llamaban; me llegaba la vez para recitar la lección. Cuánto hubiera yo dado por decirlo muy alto, y sin equivocarme en un punto, esa famosa regla de los participios; pero titubeé desde las primeras frases y me quedé de pie, meciéndome entre el banco y el pupitre, con el corazón encogido y sin atreverme á levantar la vista, escuché al señor Hamel que me decía:

—No te riño, mi querido Franz; bastante castigado estás....

Hé aquí lo que sucede.

Todos los días has estado diciendo:

“¡Bah! tengo tiempo; mañana aprenderé.” Y luego ya veis lo que pasa.

¡Ah! esa ha sido la causa de la desgracia de nuestra pobre Alsacia, el dejar siempre la instrucción para otro día.

Ahora esas gentes tienen el derecho de decirnos: ¡Cómo! ¡pretendáis ser franceses y no sabéis siquiera leer ni escribir vuestro idioma! Pero no eres tú el más culpable, mi pequeño Franz, pues todos tenemos bastante que echarnos en cara....

Vuestros padres no han tenido grande empeño en que aprendiéseis, prefiriendo enviaros á cultivar la tierra ó á ganar un jornal en alguna industria, y yo mismo tengo que reprocharme el haberlos ocupado muchas veces en regar mi jardín en vez de instruirlos. Y cuando se me ocurría ir á pescar truchas, también os daba asueto.

Después nos explicó algo del idioma francés, diciéndonos que era el más claro y el más concreto; que se hacía menester que lo conserváramos y no lo olvidáramos, porque cuando un pueblo cae en la esclavitud, mientras conserva su lengua, como dice Mistral, es como si tuviese en la mano las llaves de sus prisiones.

Luego cogió una gramática y nos explicó nuestra lección. Me admiraba de comprenderla tan fácilmente; todo cuanto decía me parecía fácil. Creo que eso consistía en que nunca había escuchado con tanta atención, y que el preceptor nos daba las explicaciones con más paciencia.

No

el pobre maestro quería transmitirnos todo su saber!

Concluida la lección de gramática, pasamos á la escritura. El señor Hamel nos había preparado adrede unas muestras nuevas, en las que había escrito con su mejor letra: *Francia, Alsacia; Francia, Alsacia*. Era de ver cómo cada cual trabajaba y se hacía interesante el silencio que reinaba en la clase, turbado solamente por el rechinar de las plumas sobre el papel.

Hubo un momento en que algunos carrones entraron en la clase, pero nadie se fijó en ellos; ni siquiera los más pequeños, que se aplicaban con toda su alma á hacer *palotes*, como si eso también formara parte del idioma francés.

En el tejado de la escuela unas palomas estaban arrullándose por lo bajo, y yo me decía oyéndolas:

¡Si las obligarán á arrullarse en alemán!

De vez en cuando al levantar la vista de mi plana, veía al señor Hamel inmóvil en su mesa y fijándose en todo cuanto había á su alrededor, como si quisiera con su mirada llevarse todo el menaje de su escuela.

No es extraño; hacía cuarenta años, día por día, que permanecía en el mismo sitio, sentado enfrente del patio y en aquella clase: la única diferencia que existía de antaño á ogaño, era que los bancos de los pupitres se habían pulido por el uso; que los nogales del corral habían crecido; y que el lúpulo que había plantado, trepaba al rededor de las ventanas y llegaba hasta el tejado. ¡Qué dolor sufriría aquel infeliz anciano al considerar que tenía que dejar todas esas cosas, y qué tristeza experimentaría al oír á su hermana que, en el piso principal, iba y venía arreglando los baules, pues tenían que dejar el país al día siguiente y para siempre!

Tuvo, sin embargo, valor suficiente para seguir hasta la última hora.

Después de la escritura nos dió la lección de historia; concluida ésta, los pequeños cantaron el *ba, be, bi, bo, bu*. Y allá en el fondo de la sala, el anciano Hamel se había puesto los lentes y con la cartilla en la mano deletreaba á la par que los niños. Se veía que él también se aplicaba, su voz temblaba por la emoción, y era cosa tan rara oírle así, que teníamos todos ganas de reír y de llorar á la vez.

¡Ah! ¡Jamás olvidaré esta última clase!

El reloj de la iglesia dió las doce, y después el campanero tocó la oración. En aquel momento los cornetas de los prusianos, que volvían de hacer ejercicio, tocaron al pasar delante de las ventanas. El maestro se levantó completamente pálido. Jamás me había parecido tan alto.

—Amigos míos—dijo—amigos míos....

yo..... yo..... Pero algo le ahogaba, porque no podía concluir la frase.

Una agitación nerviosa le dominaba por completo; se volvió hacia el tablero, tomó un trozo de tiza, y apoyándole con todas sus fuerzas, escribió tan grueso como pudo:

¡Viva la Francia!

Y luego se quedó inmóvil, con la cabeza apoyada en la pared y sin hablar, y nos hizo señas con la mano como diciendo:

—Se acabó..... podéis marcharos.

ALFONSO DAUDET.

ANUNCIOS.

TEATRO VARIEDADES.

Empresa Gherardi y Reyes.

Para esta noche la partitura en tres actos, música de Donizetti, titulada

LUCIA DE LAMERMOOR

¡EL CLAVEL!

FRENTE A LA MARINA.

**BUENO, BARATO.
SIEMPRE AL CONTADO:**

Manteca frita,
Cerveza San Luis,
Cognac varias marcas,

Apollinaris,
Candelas esteáricas,
Whiskey n° 8,

Arroz, Almidón.

VARIADO SURTIDO DE VINOS Y LICORES.

VINO de RIOJA, garantizado puro, á 50 céntavos botella; sin casco
10, 11.92.— A. L. ODIO.

PÍLDORAS DE VIDA

DEL DOCTOR ROSS.

Para las jaquecas, Para el hígado,

PARA TODAS LAS AFECCIONES BILIOSAS,

PARA MALES DE ESTOMAGO.

Para todas las formas de *DISPEPSIA*

Y PARA TODAS

las impurezas de la sangre,

DOSIS DE 1 Á 4 PÍLDORAS.

40 píldoras en cada frasco.

VENTA EN TODAS LAS BÓTICAS.

AGENTE GENERAL EN COSTA RICA,

A. L. Odio.

Frente á "La Marina."

18, 11, 92.

Almacén Americano

Establecido en 1869.

Importadores de mercaderías en general, especialmente en el ramo de

FERRETERIA.

MORRELL Y Co.

7ª Avenida, frente al Parque Central.

GRAN BARATILLO

de ropa hecha de varias clases en el Almacén de

C. CERTAIN.

Calle de la Merced á 50 varas del Banco de Costa Rica.

José, 15 de Mayo de 1893.

10-1

IMPRENTA

DE

"LA HOJA DEL PUEBLO."

Cuenta con los elementos necesarios para atender á las órdenes del público en todo lo concerniente al arte tipográfico.

JEFE DEL ESTABLECIMIENTO, IGNACIO TAVERA T.

Los precios, serán además tan módicos, como en ningún establecimiento de su clase.—Calle 23, N° 47 Norte.

La Venus.

5ª AVENIDA, OESTE, N° 301.

A precios sin competencia en esta plaza, se venden relojes, anillos, revólveres, leontinas, prendedores, cadenas y toda clase de alhajas.

ROPA DE SEGUNDA MANO,

en buen estado, casi regalada. Rebozos y pañolones de seda sumamente baratos. Dinero á interés sobre prendas, desde 25 centavos hasta mil pesos, á un interés módico.

Servicio esmerado,

SECRETO ABSOLUTO É INTERÉS MODERADO.

En el mismo establecimiento se realizan abarrotes, conservas y comestibles; todo de lo mejor y más exquisito que se importa á este mercado.

Tenemos el mejor vino legítimo BORDEAUX garantizada su pureza, á

UN PESO BOTELLA.

En el mismo establecimiento está en venta un piano muy barato.

Jaime J. Ross & Co

TIENEN COSNTANTEMENTE PARA LA VENTA

A precios baratísimos

Manteca de puerco
Harina el "Gallito"
Maíz blanco

Azúcar de varias clases
Escobas, Alpiste

Mantequilla

Arroz CAROLINA

Provisiones en general. Vinos, Cognacs y Whiskeys.
LECHE CONDENSADA, CERVEZA ESTRELLA y LEONA.

AVISO

á las personas que teniendo prendas en *LA VENUS* no hayan sido re-frendadas, pasén á hacerlo lo más pronto posible, porque está próximo el remate que dicho establecimiento efectúa cada tres meses

San José, Mayo 8 de 1893.

8-3

A. ARGUEDAS

Tip. "LA HOJA DEL PUEBLO."